

JOSÉ DE LA HERRÁN, EL HABLADOR

Kristian Antonio Cerino Córdova¹

DOI: 10.19136/cz.a18n37.6690

Anoche seguí leyendo *Soy un tecnólogo*, de José de la Herrán, un libro escrito con la memoria. Esta, cuando empieza a apagarse, es necesaria atizarla, reavivarla. En la infancia aticé el fuego muchas veces en el fogón de mis padres. De niño, mi abuelo movía la cabeza como atizando brasas porque buscaba entre recuerdos, anécdotas para contarme y contarle a los nietos. Hay dos metáforas en mi deseo de expresar la experiencia o mi viaje lector alrededor de *Soy un tecnólogo*: el fuego y la tiza de fuego.

Frente al fuego, es decir, ante su obra, el ingeniero José de la Herrán es un orador y un disertante como aquel personaje que conocimos en *El hablador*, la novela de Mario Vargas Llosa. El parlante de la tribu machiguenga, en la selva peruana, contaba historias, mitos, conflictos entre el dios y otras divinidades. Lo interesante de su rol como hablador es que era un itinerante o algo parecido a un caravanero. Álvaro Mutis, escritor colombiano y creador del personaje más errante de la literatura vigesémica, Maqroll el Gaviero, daba importancia a la noción de caravana para mostrarnos el desplazamiento en la escritura. Lo primero que escuché al comenzar a leer *Soy un tecnólogo* fue la voz de José de la Herrán y Villagómez. Su voz omnisciente, en primera persona, y haciendo uso de los géneros, diario y crónica,

¹ Hizo estudios de Literatura Hispanoamericana en la Universidad Veracruzana, y de Docencia y Comunicación en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Correo: librodemar@gmail.com

me envolvió en una de las carretas de esta caravana en la que viajo como lector:

“Mi primera infancia transcurrió en la casa de Carpio número 174, en la colonia Santa María de la Ribera”, sintiendo por momentos que estaba frente al hablador tribal, rodeado de otros y en torno al fuego: “En 1938, mi padre me llevó a un viaje en el que conocí varias ciudades de Estados Unidos. Fue muy importante en mi vida porque desde entonces se nos disparó —por lo menos a mí, pero creo a mi papá también— la pasión por los telescopios”.

En el libro, *De la Herrán* apela a la oralidad y al diálogo ameno, sin olvidar la esencia que lo habita, que lo posee, que lo dominó hasta sus últimos días: la de un divulgador. Como el lector anticipó, al revisar el prólogo, el libro ha sido ordenado con base en una serie de entrevistas (34 en total) que realizó Juan Tonda, y quien decidió ceder la autoría de la obra a *De la Herrán*. Sin embargo, esto lo olvidamos en la medida en que seguimos en torno al fuego, mirándolo y escuchándolo como si pusiera relatos breves en nuestras manos o los depositara en una caracola para recordarnos el sonido del mar; en este caso, el sonido del siglo XX. A lo largo de ocho capítulos, que transitan entre la niñez, la adolescencia, la juventud y la etapa profesional, no solo nos persuade con la pasión con la que cuenta sus asombros, con la que descubre y participa de la evolución tecnológica, sino por la calidad de humano que es (en el presente del libro) y fue, dada su muerte en 2022.

Frente al fuego, es decir, ante su obra, el ingeniero José de la Herrán y Villagómez se ve a sí mismo mientras lo atiza. Digo esto porque cada vez que lo hace recurre a la memoria de la que yo sigo hablando, memoria de la que Juan Tonda hizo un registro puntual en audio y texto.

Habríamos de lamentar que el autor-tecnólogo no hubiera forzado esa máquina-cerebro que envejece con los años, en el ánimo de dejar constancia de sus acciones e

invenciones. De no haberlo hecho, se habrían muerto esos recuerdos que se apagan como fuego después de una gran ventisca o porque la leña simplemente se ha consumido. Y cuando se ve a sí mismo, José de la Herrán nos refleja más que extractos de vivencia o destellos de luz, toda una vida de ingenio.

Durante la lectura de los capítulos estuve pensando en novelas latinoamericanas cuyos escritores hicieron uso de la primera persona para adentrarnos al mundo selvático o montañoso: *La Nieve del Almirante*, de Mutis; *María*, de Jorge Isaacs; *La vorágine*, de José Eustasio Rivera; *Los pasos perdidos*, de Alejo Carpentier... Hacer uso de la primera persona le imprime una naturalidad a la trama, pero en el caso de *Soy un tecnólogo*, su misma historia rompe el muro de los intermediarios o narradores y se nos aproxima como si estuviéramos en la zona más confortable de casa, leyendo y tomando café. Estamos ante un viaje al interior de las memorias del autor, sobre todo, ante un desplazamiento que da cuenta del siglo pasado con énfasis en el sonido y la imagen.

Si bien destaco la lectura de este diario personal de José de la Herrán, también subrayo la claridad del lenguaje y la honestidad, y creo que desde la honestidad, él se hace sentir a lo largo del relato. Sentimos que se está confesando cuando acepta que en la infancia se quedó con un oso de peluche, que no era suyo, o cuando cuenta el pasaje de la separación matrimonial. En ese acto de atizar el fuego y reavivarlo, escuchamos un crepitar, del fuego y de la voz (suave y tranquila) que revolotea entre su memoria para mostrarnos fragmentos de vida.

Es como si saliera de la cabina de radio, de la cual fue operador y también atendió fallas técnicas, y comenzara a hablar como un locutor durante horas interminables hasta el cierre de transmisiones.

Con su voz en primera persona, el lector está frente a él y continúa escuchándolo, pero no es un oír obligatorio. Todo lo contrario, es el sentir y es el placer

de oírlo resumir su formación y trayectoria. Es, además, mirarlo sin perder detalles de la sonrisa, los lentes y el brillo especial en sus ojos, pues sabemos de sobra lo que disfrutó contar o hablar de la ciencia y la tecnología. Yo que no le conocí en vida, después de leerlo-oírlo- ya puedo ir por la calle diciendo que sí conversé con él, desde luego, apoyándome en el contenido del libro. Total, algunos sí lo creerán.

El libro aborda su incursión en el mundo del acero y de la astronomía, pues no olvidemos que fue inventor de telescopios; en gran medida disfruté sus descripciones exactas sobre edificios y equipos radiofónicos, espacios en los que habitó desde pequeño. Y lo gocé porque en el mundo de la radio comencé mi formación en 1999. La obra Soy un tecnólogo, es en parte, la crónica de la radio en México, que inició con su padre José de la Herrán Pau, y otros ingenieros empíricos, y que continuó el autor al que recordamos este día y con esta obra. Quizá por esta razón, y partiendo de que el mundo de la radio requería del efecto Scherezada, encantar con el relato, es que el libro describe puntualmente cada rincón del mundo radial.

José de la Herrán contagia al contar que inventó y vendió amplificadores, que junto a su padre repararon un piano, y que en pareja hicieron un viaje a Nueva York, en 1938 y por carretera. Por cierto, el año pasado leí Viaje a Nueva York, de Justo Sierra, un desplazamiento marítimo que el escritor mexicano hizo en 1895. Cuarenta y tres años más tarde lo harían padre e hijo De la Herrán, pero a vuelta de ruedas. Este viaje lo hizo madurar y le despertó nuevas ideas por la televisión, la astronomía, los museos, el teatro, la divulgación; así como por los satélites y el planeta Marte, temas que disertó en su papel de conferencista. De la Herrán fue redactor y editor de artículos en revistas especializadas y de divulgación, desde 1970, e impulsor del

taller “Construya su propio telescopio”. Muchos lo recuerdan como articulista en el diario Excélsior con su columna “Comentario tecnológico”; como promotor de revistas infantiles y como fundador de la Sociedad Mexicana para la Divulgación de la Ciencia y la Técnica.

José de la Herrán, gran lector y crítico, y acumulador de muchos saberes, estableció como filosofía “la importancia de la necesidad de que la gran población” contara con “información científica y técnica clara y oportuna”.

En un artículo titulado “Un ingeniero ejemplar”, publicado en la revista ¿Cómo ves?, se le preguntó por sus gustos, deportes (un gran patinador) y sus pasiones, de las que dijo: “Me gusta la música clásica —sobre todo Beethoven y Bach— y de la música popular, Agustín Lara”, de las que “he tratado de copiar su estilo único”.

En este artículo de Blanca Rocío Muciño, se le preguntó:

—¿Y su casa?

—Cualquiera que va a mi casa piensa que es un relajó, sí lo es. Es un taller, museo, biblioteca, todo mezclado. Ahí tengo un laboratorio de electrónica y óptica, y un taller mecánico.

En resumen, el libro es un collage de muchas piezas o acciones que emprendió e hizo José de la Herrán y Villagómez.

Alrededor del fuego, hasta el último momento, José de la Herrán lo atizó siempre, lo reavivó para forzar la memoria y poder recordar, con ese interés con el que siempre camina un divulgador: ese deseo de transmitir, de poner en el otro un puñado de saberes.

Yo como lector que he hecho el viaje entre los párrafos del libro, sigo sentado en torno a la fogata y presto atención a sus palabras que contagian y animan a seguir en este camino, el de la búsqueda.

Por cierto, la escritora Elena Poniatowska dedicó un par de obras al espacio de la

astronomía, el lugar idílico de José de la Herrán. No solo publicó la biografía de Guillermo Haro, su esposo y estrellero: “El universo o nada”, sino también *La piel del cielo*, obra ganadora del Premio de Novela Alfaguara 2001. Que el comienzo de esta sirva de cierre a lo que he titulado “José de la Herrán, el hablador”, con el diálogo entre el protagonista Lorenzo de Tena y su madre Florencia:

—Mamá, ¿allá atrás se acaba el mundo?

—No, no se acaba.

—Demuéstramelo.

—Te voy a llevar más lejos de lo que se ve a simple vista.

José de la Herrán nos mostró un pedazo del mundo y nos llevó también más allá de lo que se ve a simple vista.

Acotación

Durante la presentación del libro *Soy un tecnólogo en el XXIII Congreso Nacional de Divulgación de la Ciencia y la Técnica*, celebrado en la ciudad de Villahermosa y organizado por la Sociedad Mexicana para la Divulgación de la Ciencia y la Técnica (SOMEDICyT), el Consejo de Ciencia y Tecnología del Estado de Tabasco y universidades públicas, los divulgadores Martín Bonfil Olivera y Ernesto Márquez aportaron otras facetas de José de la Herrán: patinador hasta sus últimos días, usuario de monociclo, constructor de su propia motocicleta y un caballero educado. No debe sorprendernos que su legado crezca y que poco a poco conozcamos nuevas anécdotas, y sepamos, a la vuelta de la esquina, de otras actividades físicas que seguramente realizó el ingeniero sin importarle la edad. “José de la Herrán, el hablador”, se comparte por primera vez con los lectores de la revista *Cinzontle*.

El Centro Internacional de Vinculación y Enseñanza, de la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, fue sede de este XXIII Congreso Nacional de Divulgación de la Ciencia y la Técnica en 2024.

